

El reinado de David: Una nación unificada

Por Mario Seiglie

En números anteriores de *Las Buenas Noticias* hemos examinado algunos de los descubrimientos arqueológicos que confirman y nos ayudan a entender mejor los relatos de los cinco libros de Moisés y la historia de Israel descrita en el libro de Josué y en el de los Jueces. En esta ocasión estudiaremos la monarquía israelita en el período del rey David. La Biblia describe esta época en los libros 1 y 2 de Samuel y 1 de Crónicas.

Al terminar el período descrito por el libro de los Jueces, comenzó la era de los reyes de Israel, la cual duró más de 400 años. La monarquía no tuvo un comienzo muy favorable. Saúl, el primer rey de Israel, fue desechado por Dios debido a su constante desobediencia. En su lugar, Dios nombró a David, uno de los hijos de Isaf.

Con la llegada de David comenzó la edad de oro de Israel. Bajo su reinado las tribus israelitas se consolidaron como una gran nación. Dios bendijo a este obediente y talentoso hombre, quien no sólo era un valiente soldado, sino también un gran estratega militar, un hábil administrador y diplomático, y hasta un eximio compositor y músico.

Bajo la dirección inspirada de David, Israel extendió su territorio hasta el río Éufrates por el norte y hasta el mar Rojo por el

sur. “Asimismo derrotó David a Hadad-ezer rey de Soba, en Hamat, yendo éste a asegurar su dominio junto al río Éufrates . . . Reinó David sobre todo Israel, y juzgaba con justicia a todo su pueblo” (1 Crónicas 18:3, 14).

Después de varios siglos de lucha entre Israel y los cananeos y los filisteos, fue David quien derrotó finalmente a todos los adversarios de Israel. Con la paz, los israelitas pudieron sacar el máximo provecho de los magníficos recursos naturales de la tierra. La libertad trajo un período de gran prosperidad. A partir de sus comienzos humildes como esclavos y luego como tribus de pastores, lograron alcanzar la cumbre y se convirtieron en una nación grande y poderoso. David transformó a Israel en un estado altamente organizado que más tarde dejaría su huella indeleble en la civilización occidental.

Según un erudito: “El reinado de David marca el comienzo, políticamente hablando, de la edad de oro de Israel. El vacío de poder que existía en Egipto y Mesopotamia permitió que las tribus que habían entrado en Canaán bajo el mando de Josué varios siglos antes, llegaran a convertirse en una gran nación . . . David fue rey de un territorio que se extendía desde el mar Rojo hasta el río Éufrates” (*The International Standard Bible Encyclopedia* [“Enciclopedia general internacional de la Biblia”], 1982, vol. 2, p. 915).

El florecimiento de la cultura material de Israel nos ha dejado los hechos físicos necesarios para confirmar arqueológicamente la existencia de los israelitas. Según el arqueólogo Bryant Wood: “El propósito de la arqueología bíblica es mejorar nuestro entendimiento de la Biblia. Por lo tanto, en mi opinión, su mayor éxito ha sido la claridad que ha aportado sobre . . . el período de la monarquía israelita, alrededor de 1000-586 a.C.” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], mayo-junio de 1995, p. 33).

Jerusalén, la nueva capital de Israel

David tenía su primer centro de operaciones en Hebrón, en el sur de Judá; pero cuando las 13 tribus reconocieron su liderazgo, tuvo necesidad de una sede más central. El sitio ideal era la ciudad de Jebús, también llamada Jerusalén, en la frontera norte de Judá; pero estaba en manos de los jebuseos, una tribu sobreviviente de cananeos que había fortificado la ciudad. “Entonces se fue David con todo Israel a Jerusalén, la cual es Jebús; y los jebuseos habitaban en aquella tierra” (1 Crónicas 11:4).

Unos siglos antes, Josué había intentado conquistar esa ciudad, pero fracasó: “A los jebuseos que habitaban en Jerusalén,



Estos fragmentos de una inscripción hallada en la región del Dan bíblico comprueban que el rey David fue un personaje histórico. La inscripción menciona la “casa de David”, la dinastía que él fundó.

los hijos de Judá no pudieron arrojarlos; y ha quedado el jebuseo en Jerusalén con los hijos de Judá hasta hoy” (Josué 15:63).

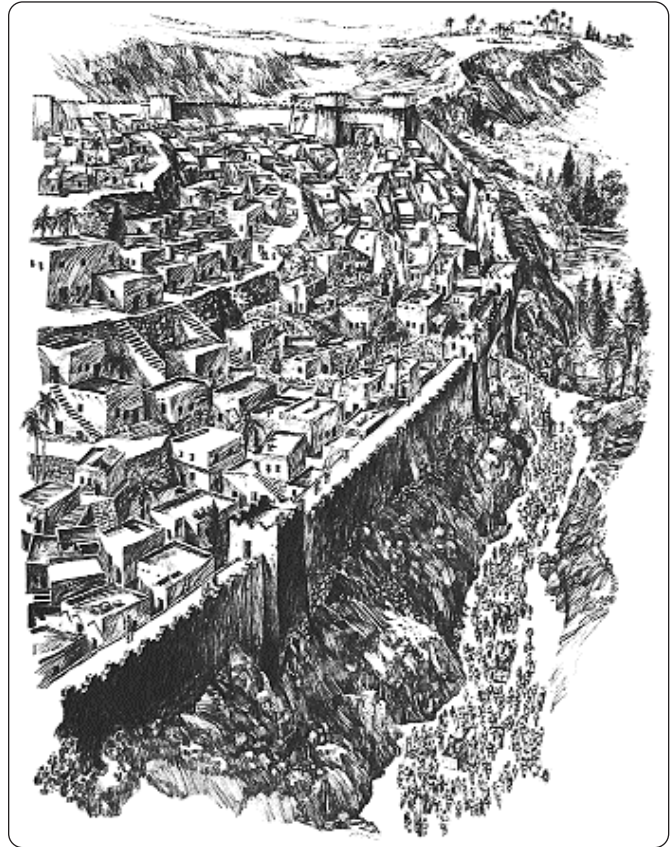
Después de la muerte de Josué los israelitas lograron conquistarla, pero sólo por un corto tiempo: “Combatieron los hijos de Judá a Jerusalén y la tomaron, y pasaron a sus habitantes a filo de espada y pusieron fuego a la ciudad” (Jueces 1:8). No obstante, los que sobrevivieron la reconstruyeron y desde entonces resistieron con éxito todos los ataques israelitas hasta la época de David: “Al jebuseo que habitaba en Jerusalén no lo arrojaron los hijos de Benjamín, y el jebuseo habitó con los hijos de Benjamín en Jerusalén hasta hoy” (Jueces 1:21).

La ciudad estaba construida sobre una colina en medio de un gran valle en la región montañosa de Judá. Parecía inexpugnable. Cuando los jebuseos se dieron cuenta de que David y sus hombres querían atacarlos, se burlaron de sus débiles esfuerzos diciendo: “Tú no entrarás acá, pues aun los ciegos y los cojos te echarán . . .” (2 Samuel 5:6).

Sin embargo, David no intentó un ataque frontal contra la fortaleza. Lo que hizo fue buscar el talón de Aquiles de las defensas jebuseas: un túnel secreto que abastecía la ciudad de agua. En aquel entonces era muy común construir canales secretos para traer agua desde un manantial. Según las palabras de Eugene Merrill: “Como era característico de las grandes ciudades amuralladas de Canaán, Jerusalén tenía un túnel subterráneo que llegaba hasta un manantial que se encontraba fuera de sus muros. Aunque estos sistemas de agua eran necesarios para abastecer la ciudad en caso de un sitio, también se convertían en el punto débil de sus defensas, puesto que cualquiera que los descubriera encontraría la entrada a la ciudad” (*Kingdom of Priests* [“Reino de sacerdotes”], 1987, p. 236).

Cuando David descubrió el túnel, se dio cuenta de que este era el camino para entrar secretamente en la ciudad y abrir sus puertas. “Dijo David aquel día: Todo el que hiera a los jebuseos, suba por el canal . . .” (2 Samuel 5:8). También en 1 Crónicas 11:6-7 leemos: “Y David había dicho: El que primero derrote a los jebuseos será cabeza y jefe. Entonces Joab hijo de Sarvia subió el primero, y fue hecho jefe. Y David habitó en la fortaleza, y por esto la llamaron la Ciudad de David”.

Hace más de un siglo, el oficial inglés Charles Warren descubrió en Jerusalén un túnel que llegaba a un manantial con características parecidas al mencionado en la Biblia. Charles Pfeiffer, profesor de literatura antigua, explica el significado de este descubrimiento: “La conquista de Jerusalén por David es interesante para los arqueólogos porque él empleó una estrategia que aprovechaba la fuente de Gihón, en la ladera oriental del monte Sion . . . El túnel ha sido identificado con el conducto descubierto por Warren. Se excavó un túnel en la piedra caliza encima de la fuente de Gihón, el cual se extiende 24 metros hasta llegar a la superficie . . . La posibilidad de que Joab entrara en la ciudad secretamente . . . a través del conducto descubierto por Warren se ha visto fortalecida por el descubrimiento de un muro jebuseo bien abajo en la vertiente hacia Gihón” (*The Biblical World: A Dictionary of Biblical Archaeology* [“El mundo de la Biblia: Diccionario de arqueología bíblica”], 1966, p. 373).



La Jerusalén del rey David

A medida que su reino prosperaba, David fue construyendo y ampliando la ciudad: “David moró en la fortaleza, y le puso por nombre la Ciudad de David; y edificó alrededor desde Milo hacia adentro. Y David iba adelantando y engrandeciéndose, y el Eterno Dios de los ejércitos estaba con él” (2 Samuel 5:9-10).

La colina en donde antes se alzaba imponente la fortaleza jebusea se llamaba el monte de Sion: “David tomó la fortaleza de Sion, la cual es la ciudad de David” (vers. 7). Hacia el norte de este monte había otra colina llamada Moriah, que David compró a Ornán el jebuseo: “El ángel del Eterno ordenó a Gad que dijese a David que subiese y construyese un altar al Eterno en la era de Ornán jebuseo . . . Y dio David a Ornán por aquel lugar el peso de seiscientos siclos de oro. Y edificó allí David un altar al Eterno, en el que ofreció holocaustos y ofrendas de paz, e invocó al Eterno, quien le respondió por fuego desde los cielos en el altar del holocausto” (1 Crónicas 21:18, 25-26).

Más tarde, David trasladó el tabernáculo y el arca del pacto a este lugar; y fue en el monte Moriah donde el rey Salomón construyó un espléndido templo: “Comenzó Salomón a edifi-

car la casa del Eterno en Jerusalén, en el monte Moriah, que . . . David había preparado en la era de Ornán jebuseo” (2 Crónicas 3:1).

Durante la época de Salomón los trabajadores rellenaron el espacio entre las dos colinas y las unieron. A partir de entonces la zona entera se ha conocido como el monte Sion. “Cuando el arca fue establecida primero en la fortaleza jebusea y después en el templo recién terminado, Sion llegó a conocerse como el lugar sagrado del Dios de Israel, el que ‘mora en Sion’ (Salmos 9:11)” (*The International Standard Bible Encyclopedia* [“Enciclopedia general internacional de la Biblia”, 1982, vol. 4, p. 1198]).

Con el tiempo, el nombre Sion no sólo se aplicaría al lugar donde estaba el templo sino que se convertiría en un símbolo de Jerusalén, sus habitantes y, finalmente, del pueblo de Dios.

¿Existió David realmente?

Algunos historiadores y críticos han puesto en duda la existencia del rey David y han relegado a la categoría de mitos los relatos del Antiguo Testamento que lo mencionan. “No soy el único erudito —escribió Philip Davies— que sospecha que el personaje del rey David es tan histórico como el [mítico] rey Arturo” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], julio-agosto de 1994, p. 55). Estos eruditos no sólo siembran dudas acerca de la confiabilidad de las Escrituras y minan la fe de algunas personas, sino que se niegan a reconocer la validez de muchos descubrimientos que corroboran la veracidad de la historia bíblica.

Por ejemplo, en 1993 unos arqueólogos encontraron los nombres de David e Israel en una inscripción tallada en piedra que data sólo 100 años después de la

muerte de David. El hallazgo se hizo “en el tel Dan, que es un hermoso montículo en el norte de Galilea . . . Avraham Biran y su equipo de arqueólogos hallaron una sorprendente inscripción del siglo IX a.C. en la que se menciona la ‘casa de David’ y al ‘rey de Israel’. Es la primera vez que el nombre de David se encuentra en alguna inscripción antigua aparte de la Biblia” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], marzo-abril de 1994, p. 26). Así, con el correr de los años se descubren más pruebas fuera de la Biblia que corroboran la existencia de lugares y personajes bíblicos. Poco a poco, los escépticos se están batiendo en retirada.

Más tarde, otro erudito descubrió el nombre “casa de David” en la inscripción de la famosa piedra de Moab, también llamada la estela de Mesa, fechada en el siglo IX a.C., o sea unos 100 años después

LA BATALLA JUNTO AL ESTANQUE DE GABAÓN

Otro notable hallazgo, que ocurrió en 1956, ha proporcionado más datos que corroboran la autenticidad de los relatos bíblicos.

Antes de que el liderazgo de David fuese reconocido por todas las tribus de Israel, él tuvo que enfrentarse a Abner, el antiguo general de Saúl que ahora servía a uno



El estanque de Gabaón es una fosa excavada en la roca caliza. Tiene una profundidad de aproximadamente 25 metros y su diámetro es de más de 11 metros.

de los hijos de éste. Abner vino con sus tropas para pelear contra las de David, dirigidas por Joab, y se enfrentaron junto al famoso estanque de Gabaón.

“Joab hijo de Sarvia y los siervos de David salieron y los encontraron junto al estanque de Gabaón; y . . . fue llamado aquel lugar, Helcat-hazurim [campo de filos de es-

pada], el cual está en Gabaón. La batalla fue muy reñida aquel día, y Abner y los hombres de Israel fueron vencidos por los siervos de David” (2 Samuel 2:13-17).

Entre 1956 y 1962 el arqueólogo James Pritchard llevó a cabo una exploración de este sitio. Descubrió 31 asas de jarros que tenían inscrito el nombre hebreo de Gabaón, lo que confirmó la identidad del lugar. Al comienzo de sus excavaciones, Pritchard halló un gran estanque redondo con un diámetro de más de 11 metros que descendía a una fuente que suministraba agua a la ciudad. “Esta fosa fue excavada en la roca caliza y tiene una profundidad de aproximadamente 25 metros. También fueron talladas una escalera y su correspondiente baranda que bajan en espiral hasta la mitad del estanque, donde hay un rellano. De este punto los escalones descienden otros 14 metros hasta llegar al nivel del agua” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], mayo-junio de 1995, p. 43).

En la misma revista el arqueólogo Bryant Wood concluye: “El gran estanque en Gabaón es sin duda el estanque donde las tropas de David, el segundo rey de Israel, pelearon bajo el mando de Joab contra las fuerzas del hijo de Saúl, Is-boset, comandadas por Abner” (p. 33).

Este hallazgo fue considerado por la misma revista como uno de los 10 descubrimientos más importantes que ha tenido la arqueología bíblica. Es otra prueba de la exactitud de los relatos bíblicos aun en sus más pequeños detalles. **BN**

del reinado de David. Es difícil explicar cómo el nombre de David pudo aparecer en ese registro histórico si él sólo fue una creación literaria posterior.

Anson Rainey, profesor de culturas antiguas del Medio Oriente, previene a las personas inexpertas que suponen que los relatos acerca de David y otros personajes bíblicos son tan sólo leyendas. “Yo estudio las inscripciones en los idiomas originales y tengo la obligación de advertirles a todas aquellas personas que no son expertas en la materia, que la ‘escuela de críticos literarios’ . . . está compuesta por un círculo de aficionados. La idea que tienen de que nada de la tradición bíblica se remonta antes del período persa [540-330 a.C.], y en particular su afirmación de que no existió la monarquía unida [de Israel], es sólo una fantasía de su vana imaginación. El descubrimiento del nombre ‘casa de David’ en las inscripciones del tel Dan y de la estela de Mesa hacen doblar las campanas fúnebres para su vanidad engañosa. Los estudiantes e instructores de la Biblia no deben hacerle caso a esta ‘escuela de críticos literarios’, la cual no tiene nada que enseñarnos” (*Biblical Archaeology Review* [“Revista de arqueología bíblica”], noviembre-diciembre de 1994, p. 47).

A pesar de que algunos críticos no quieren reconocerlo, las pruebas físicas están confirmando, no negando, lo que está escrito en la Palabra de Dios. Pero los que tienen fe en lo que Dios ha dicho en su Palabra no necesitan encontrar pruebas físicas para corroborar estos relatos. Les basta con creer lo que dijo el apóstol Pablo: ¡Dios no miente! (Tito 1:2).

No obstante, en algunos casos las pruebas físicas de los acontecimientos y los personajes descritos en las Escrituras han sobrevivido al deterioro del tiempo y nos sirven como testigos de su veracidad. Esto nos conforta y consuela en la fe: “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4).

En *Las Buenas Noticias* continuaremos proporcionando más información acerca de los descubrimientos arqueológicos que comprueban la precisión del relato bíblico y que nos ayudan a entenderlo mejor. *BN*